
La Pendiente Energética del Adolescente

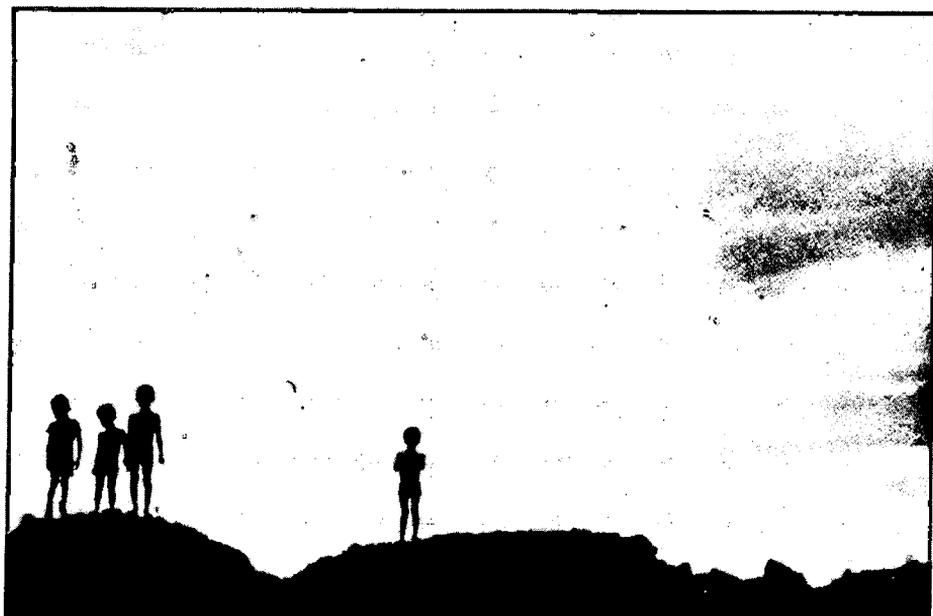
JOSE GONZALEZ MESEGUER

Si bien es verdad que la vida del ser humano se desarrolla dentro de una continua evolución, también lo es el hecho de que estos cambios operados tienen diferentes valores, diferentes magnitudes en el transcurso de la vida evolutiva. Si asemejamos esta evolución a un gráfico matemático y lo ubicamos en el plano cartesiano, observaremos que hay épocas en donde la evolución y los cambios son tan marcados que la pendiente de la curva, evolución versus tiempo, adquiere características asintóticas respecto del eje "y", si la evolución o el cambio estuvo ubicado en las ordenadas y el tiempo en las abscisas. Una de estas pendientes bien marcadas es la que corresponde a la adolescencia. Una de las características preponderantes en la adolescencia es, pues, los cambios que tanto a nivel físico como psicológico ocurren en el humano.

La experiencia de la historia de la humanidad, la Historia de la Filosofía y de las Ciencias Físicas nos indican que de los cambios surgen las energías necesarias para que la vida continúe su curso. La Entropía nos enseña que sin la cantidad de energía almacenada en el Universo la vida sería imposible. Es de los desniveles energéticos de donde surgen las grandes potencias que motivan que existan ciclos de inestabilidad atmosférica, vientos, mareas, sol y sombra. Sin la energía, sin la entropía necesarias el universo fallecería extinto de energía. Muerte está equipada aquí a ausencia de energía, del tipo que sea.

Cuando un objeto físico cae de una altura considerable, toda la energía potencial que estaba almacenada en el objeto en función de la altura con respecto a una referencia, se transforma continuamente en formas variadas y quizá infinitas de energías. La energía ni se crea ni se destruye sino que se transforma. Es de los cambios energéticos del ser humano de donde surgen las grandes transformaciones humanas que originan que la capacidad creativa, humana, psicológica, amorosa se accionen como formas energéticas semejantes a las de la caída del objeto o a la entropía física.

¿Acaso nos podemos imaginar a un Platón sin crisis o explicarnos su producción de los mitos, el Fedón, El Banquete o el Gorgias? Los niveles energéticos de Platón eran descomunales,



su entropía sumamente alta, la caída de sus objetos se realizaban desde alturas gigantescas. Y le tocó a Platón tener que edificar un mundo interno de ideas, definiciones en contraste con todo lo que derrumbaba a su alrededor. Platón supo aprovechar la energía que se desprendía de los cambios energéticos. Supo almacenarla, encauzarla, convertir el desecho energético en edificaciones del pensamiento vivo y racional.

Beethoven padece de crisis existenciales semejantes a las de Platón. El gigante energético de Boon escribe así sus conciertos y sinfonías que no tendrán comparación con nadie porque la crisis, los cataclismos, los cambios energéticos les pertenecen a cada quien. Es como el átomo. Todos son iguales, pero ligados en diferentes formas producen todas las individualidades del infinito universo. Lo mismo ocurre con la crisis emocionales de los humanos. Todas son energéticas. Combinadas en forma aleatoria en la humanidad de cada quien producen crisis con nombres y apellidos específicos.

La crisis es una función dependiente de cada humano. Si hace falta el cambio para operarse la estructuración del humano, si hacen falta las crisis energéticas para edificarse el humano, lógicamente todo esto se dará en aquellos momentos donde el cambio sea mayor. Y esto ocurre precisamente en donde la pendiente es mayor: en la adolescencia.

Los cambios en el humano —aunque parezca lo contrario— no se dan a brincos. Si se piensa que un día el joven amaneció diferente a como era ayer noche, véase su evolución con una lupa psicológica. Háganse las escisiones necesarias con un bisturí emocional y nos encontraremos con un fenómeno evolutivo cuyas razones casuísticas existen y cuya evolución fue drástica, de pendiente muy elevada, pero evolución sin saltos, sin tropezones.

Los cambios en el joven existen y son tan rápidos que él mismo no acaba de percatarse de que es él que amaneció y no otra persona extraña a él mismo. Este es uno de los sentimientos más devastadores que aquejan muchas veces al adolescente: la visión de un ser desconocido que

habita dentro de sí. Piénsese, por ejemplo, que estamos durmiendo plácidamente y de repente despertamos en una atmósfera Kafkiana, convertidos en cucaracha. La crisis que se nos presentaría sería difícil de narar. Sentimientos locos y fantasías delirantes nos embargarían y perderíamos la posibilidad de ser rectores de nuestros propios actos. Eso, o algo semejante a eso, ocurre a diario en el adolescente.

No perdamos la perspectiva de que la pendiente evolutiva del adolescente está muy empinada y que esta evolución no se detiene ni de día ni de noche. Así que al acostarse el joven es una cosa y otra al levantarse. Estos cambios energéticos operados en principio a nivel fisiológico hacen que se perturbe la parte psicológica del adolescente. Tal como el "hombre-cucaracha". El cuerpo era de cucaracha y la psique del humano. El choque fue terrible. Hay que hacer un esfuerzo de adaptación a la nueva realidad. Así ocurre con el adolescente. Cada día el adolescente se levanta diferente de como se acostó. Su psique tendrá que adaptarse a los nuevos cambios estructurales. Se desconoce al levantarse, no se entiende, se contradice, tiene que hacer esfuerzos titánicos por sobrellevarse.

San Agustín en sus Confesiones nos dice: "... levantándose nieblas y vapores del cenegal de mi concupiscencia y pubertad, anublaban y oscurecían mi corazón y espíritu de tal modo que no discernía entre la clara serenidad del amor casto y la inquietud tenebrosa del amor impuro. Uno y otro hervían confusamente en mi corazón, y entrambos arrebataban mi flaca edad, llevándola por unos precipicios de deseos desordenados, y me sumergían en un piélago de maldades". Las Confesiones de San Agustín representan una Filosofía Psicologista, introspectiva, profunda acerca de los mecanismos, psicológicos y filosóficos que mueven las energías del Ser. Aquí habla San Agustín de fuerzas internas que están en contraposición, en lucha sempiterna. Habla de sentimientos incontrolados. Todos ellos tenían cabida dentro de sí. Fuerzas, energías, luchas, todo ello enmarcado en un período evolutivo que encaja perfectamente dentro de la pendiente asintótica de la adolescencia.

El joven se desconoce día tras día y los planteamientos que se hace están marcados por fuerzas energéticas internas sobre las cuales él no tiene control. Entropía en el más puro sentido de la palabra. Energía incapaz de ser encauzada y menos aprovechada. Pero energía al fin.

Beethoven existió y los cambios energéticos están plasmados en los pentagramas. Agustín de Hipona existió y los niveles y subniveles energéticos están frescos en sus Confesiones. Platón vivió y sus cataclismos están danzando en forma de Banquetes, Belleza, Ciencia, Ser. Hace falta encauzar y almacenar esta energía para que sea productiva. De lo contrario puede ser improductiva y a veces perniciosa, enfermiza, como bien lo acusan las escenas malolientes de las noches caraqueñas repletas de adolescentes adormecidos por los "vapores del cenegal de sus concupiscencias".

La energía potencial está allí en latencia, pero en el adolescente está en forma de movimiento. La pendiente es elevada y la energía cinética puede servir para construir o para destruir. Los movimientos telúricos sirven para edificar o para derrumbar. Los terremotos destruyen y al mismo tiempo crean energía adicionales en forma de desniveles energéticos. Pues. ¿qué otra cosa es la muerte sino una ausencia completa de energía, de desniveles, de desbalance? Véase cómo los viejos se extinguen carentes de inquietudes, exhaustos de haber expedido energía, cansados de tanto caminar. La energía está en el adolescente que es algo muy importante. Energía es igual a vida. Pero, ¿qué tipo de vida? ¿los vapores del cenegal? Allí, en esta fase, en este período evolutivo está la posibilidad de evolucionar sanamente o de involucionar patológicamente.

El joven se reconoce torpe porque no ha tenido que enfrentarse a situaciones semejantes en otras oportunidades y la destreza se adquiere acentuando la torpeza hasta que ésta se vea dismi-

nuida y en el mejor de los casos desaparecida. El joven no ha tenido, cronológicamente hablando, tiempo para eliminar la torpeza. No sabe manejar su energía, ni almacenarla. Aleatoriamente se le presentan casos en los cuales su energía puede fluir, como una especie de circuito eléctrico que se cierra, que se pone en ON por las contingencias de reforzamiento del medio ambiente. No es él quien le da a la tecla del ON. Es el ambiente aleatorio quien lo pone a funcionar allí. Y también allí se cumple La Ley del Efecto de Thordicke. En la propia respuesta va implícito el reforzamiento a la propia respuesta. Se refuerzan clases de equivalencia de conductas que quizás sirvan para construir o quizás para destruir. Pero el drama llega al clímax cuando este adolescente que es víctima del medio no obtiene en su repertorio conductual las respuestas aprobatorias o no a los retos de su ambiente y simplemente actúa muchas veces para obtener el premio que le otorga su medio al actuar como uno más. La gente lo acepta y de ahora en adelante seguirá ejecutando conductas que lo llevarán a integrarse cada vez más a un ambiente que empezó siendo postizo, artificial, y que en la medida en que se fue moldeando a él le consiguió el placer existencial de sentirse "inscrito" a una organización, el placer de sentirse militante de una empresa.

Los medios que consigue el adolescente también son aleatorios. Depende de la posición socio-económica de los padres, lugar geográfico de su habitación, gentes que lo rodean, intereses culturales, hábitos sexuales, religiones, en fin, todas las posturas ante la vida del medio que alguien, inconscientemente, escogió para que el adolescente creciera.

El medio en el cual el joven crece es vital para el hecho de instalar los hábitos que quizás lo acompañen por el resto de sus días. Si queremos controlar la conducta de un humano, lo primero que tenemos que hacer es controlar los estímulos que inciden sobre él y que producen las respuestas que nosotros queremos extinguir o instalar. Este medio existe en todos los adolescentes. Hay quienes se crean su propio medio, antinatural, pero medio al fin, como es el encerramiento dentro de su cuarto entre su Atari y su TV. Este joven decidió crear su medio . . . ¿Crearlo? Simplemente escogió un medio perturbador, puesto que por irreal es dañino para su salud y sano crecimiento.

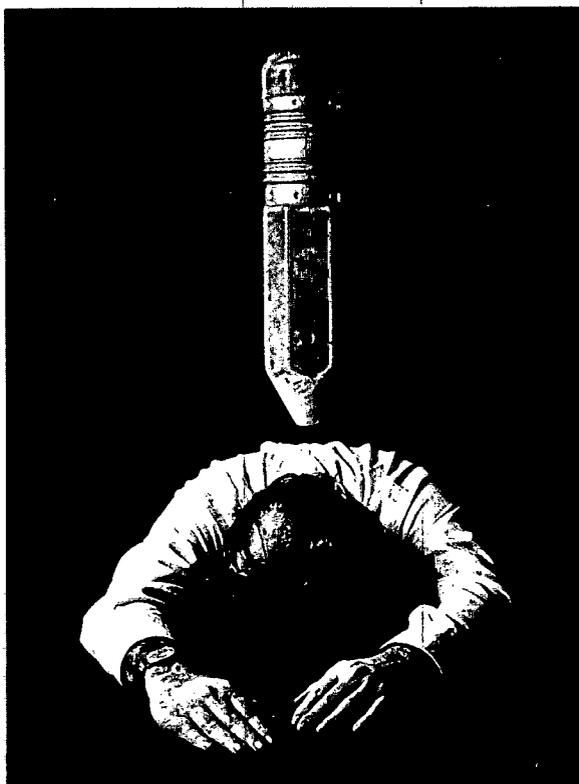
El medio vital para el sano crecimiento de los jóvenes es como el circuito eléctrico que permite, al ponerse en ON, que las energías hagan fluir sus vidas y permitan que se encienda el bombillo o que el motor empiece a dar vueltas. Esta energía ya en movimiento, capaz de convertirse en trabajo, podrá ser liberadora o encarceladora de acuerdo a las contingencias del medio. Lo cierto es que la energía o se expande o nuestro joven revienta. La pendiente es muy alta y es poco el tiempo disponible para encauzar este estado de cosas. Este es el motivo por el cual los jóvenes parecen vivir apresuradamente como si el tiempo se les fuera a acabar y, paradójicamente, es cuando tienen vida por delante.

Los viejos actúan pausadamente. Deberían hacerlo rápidamente, para terminar de hacer todo lo que deben. Los jóvenes actúan rápidamente. Deberían hacerlo lentamente porque aún tienen mucho tiempo disponible para hacerlo. Pero es que este apresuramiento no es hijo de las condiciones filosóficas creadas por el medio, sino un engendro de las condiciones psicosomáticas del adolescente. No es una voluntad decidida y actuada sino una condición genética heredada y actuada automáticamente. La energía existe y ésta tiende a expandirse tanto hacia afuera como hacia adentro. La interna hace que "reviente" en producción artística, literaria. . . La externa se expande hacia los demás porque ninguna luz se enciende para esconderse sino para alumbrarse y alumbrarse. Es aquí cuando el joven entiende que no hay posibilidad de "salvación" sino es en racimo, en pareja. Tiende, entonces, la mirada, tiende las manos hacia los otros, hacia sus congéneres, hacia sus semejantes. Los busca y los encuentra porque hay de todo en la viña del Señor. También se consiguen otros adolescentes que están en las mismas condiciones de búsqueda que

ellos, necesitados de un circuito eléctrico y de una persona que le de a la tecla de arranque, que ponga su circuito en ON. Y consigue el placer de estar con los otros.

El estar con los otros tiene un precio. Cada quien tiene su modelo, quizás inconsciente, de lo que debe ser el circuito, de cómo debe funcionar, cómo aparecer. El joven encuentra en esta etapa que debe adaptarse a las solicitudes, a las necesidades del otro para poder expandir sus energías, para no abrasarse con el fuego de sus energías. Este no querer consumirse lo lleva a adoptar características conductuales y psicológicas semejantes a las exigencias de los medios. Pero son tantos los medios como las personas que los constituyen. Algunos encuentran en tales intentos unas características tan variadas de sus caracteres que los llevan al no reconocimiento de sí mismos. Se saben energéticos, pero incapaces de definir qué tipo de energía y mucho menos para qué pueda servir.

En este orden de ideas tenemos el ejemplo de los jóvenes adolescentes hacedores empedernidos de barras. Se llegan a adorar a sí mismos. Siempre con la mirada incipiente de querer que los otros los adoren. Especies de Adonis de la mitología que intentan desesperadamente vender su imagen creada para la caricia visual, con miles de simbolismos encastrados en las fibras estriadas de sus musculaturas. Tenemos también a las chicas adoradoras de estos músculos con las que cualquier conversación empieza o finaliza preguntándole a su galán cuántas paralelas hizo en el día de hoy.





Como los adolescentes no tienen patrones rigurosos por los cuales guiarse, copian los estilos que se les ocurre, el que más fácilmente se venda. Se crean sus propios modelos inventados por la necesidad imperiosa de tenerlos. Así se encuentran con sus Dulcineas del Toboso cuando en realidad son todas las Aldonzas Lorenzos que deambulan por el mundo. No quieren aceptar la realidad tal cual está. Se niegan a aceptar que el mundo no es todo lírico, que sus energías vigorizantes no pueden encauzarse nada más que por el mundo de las ideas, los pensamientos y los deseos forzados. Carecen de peso específico porque están en transición y entre un cambio y otro lo que existe es algo amorfo, algo sin definir, algo carente de especificidad. Pregúntesele a un adolescente por qué estudiar y escuchará quizás las respuestas más disparatadas. Lo más seguro es que le responda que para ser alguien. Es que la respuesta misma está copiada miserablemente de las bocas de sus mayores porque no sabiendo qué copiar, copiaron lo bueno y lo malo, le dieron atributos humanos a los dioses en vez de darle atributos divinos a los humanos. Invirtieron el orden de sus vidas en función de una búsqueda sin planes ni proyectos.

El adolescente es vital, energético. Necesita de otros circuitos, de otras manos, de la aceptación de su medio. ¿Debemos los adultos tenderles modelos estereotipados o debemos dejarlos hacer y que ellos descubran sus propios estilos? ¿Debemos castrarlos o debemos simplemente observar por probabilidad lo que va a ocurrir con sus vidas?

He observado unos y otros casos muy de cerca. Mi experiencia en este sentido es que lo que tenemos a nuestro cargo la responsabilidad de educar a los adolescentes debemos insistir en ciertos modelos de vida que son compatibles con los nuestros porque la experiencia y los años nos ha demostrado que son valiosos. Debemos instigar al adolescente a adoptar modelos de vida que sean auténticos. Estoy recordando a alguien que habló acerca de que si un pajarito estaba dentro de nuestras manos, si lo apretábamos mucho se moría y si lo aflojábamos se escapaba.

Aristóteles, discípulo de Platón decía que la virtud era un justo medio entre dos vicios opuestos. Los vicios, en el caso de los mayores, serían o el no dejar de hacer nada o el dejar hacerlo todo. El justo medio sería el no dejar hacer algunas cosas y el dejar hacer otras.

Corremos el peligro de castrar ciertas posibilidades potenciales energéticas, pero también podemos reencauzarlas para ser utilizadas en la construcción y no en la destrucción. Sería absurdo empezar a tratar de hacer ciencia a partir del modelo atómico del profesor John Dalton. También sería absurdo empezar a educar a nuestros adolescentes partiendo de la nada existencial como si el pensamiento humano no hubiera evolucionado y la historia de la evolución del pensamiento humano no hubiera quedado escrita en los textos.

Podemos admitir nuestra ignorancia en lo que respecta a la forma de encauzar a los adolescentes. Pero no podemos por eso perjudicar con saña a nuestros jóvenes. No podemos permanecer pasivos ante tanta energía sin intentar ayudar para hacer algo con ella. La pendiente está allí. Las Confesiones aquí. Los Diálogos de Platón más allá. Freud, Skinner, Adler, Thomas Harris . . . la infinidad de los que han dicho algo están aquí. Falta saber qué voy a hacer yo con este hecho ¿Ser avestruz? ¿Dejar hacer? ¿Castrar? ¿Todo a su respectivo tiempo? . . . "amé mi perdición, amé mi culpa; pero de tal modo, que lo que amé no era lo defectuoso sino el defecto mismo" (San Agustín: Las Confesiones) ▣